Will H. Corral
Stanford University

PARA UNA PRIMERA REVISIÓN DEL TESTIMONIO

A. *La esposa del letrado*

¿A quién le importa o qué consecuencia estética, social y ética tiene lo que pueda decir la mujer de un escritor hispanoamericano de renombre, cuando hay tantas cuyo testimonio arguye con mayor inmediatez sobre la condición de su género en el continente? Números de la *RCLL* (No. 36 [1992]) y *Latin American Perspectives* (Vol. 18 [1991]), dedicados al testimonio, tanto como *Narraciones de testimonio en América Latina* (1992), de Juan Duchesne, no tratan nada levemente relacionado a estas mujeres. ¿Cómo influye en la praxis de la historia literaria la inserción de nuevos elementos constitutivos de un subgénero que articula un significado y que a la vez comunica una mentalidad que pretende interpretar los problemas actuales del continente?

Como rastreo en fuentes inmediatas, esos elementos nuevos revelan tanto sobre la escritora como de su marido, y encajan también con una tradición crítica relacionada a la canonización contemporánea de los textos que se analizan bajo la rúbrica *testimonio*. Me refiero al relato (por deficiencia terminológica, o por la inevitable combinación de historia y ficción) escrito por esposas o compañeras de escritores hispanoamericanos "reconocidos." Para hacer más clara la contextualización de su testimonio, empleo el apelativo *letrada*, v.g. "mujer del letrado." Este, sinónimo del literato, admite la acepción de sabio, docto o instruido, aunque en sentido familiar es también el que presume de discreto y habla mucho sin fundamento. No es mi intención o propósito inmediato recrear o dar una tipología, sino mas bien apuntar hacia una tradición incipiente. Es precisamente porque se las podría examinar aisladamente que no se ha podido aprehender las conexiones entre las letradas, entender su subcultura, la celeridad de sus historias políticas, sociales y personales, sus epifanías y continuidades. Este tipo de testimonio tiene que ver más con un problema de clase, cuyas implicaciones nos llevan, en última instancia, si no a cuestionar por lo menos a modificar lo que hasta hoy se sigue entendiendo como *testimonio*. Tejo entonces dos aspectos: 1) cómo la crítica del "género" testimonio privilegia un

reduccionismo acerca de su sentido al limitar sus análisis a la representación de una clase; y 2) y como corolario, cómo el desconocido o infravalorado testimonio de las letradas permite mayores precisiones respecto a una representación cuya literariedad es imprecisa.

B. *Los límites de la otredad*

Dentro de la admitida ofuscación genérica que correctamente se le atribuye al *testimonio* un elemento es claro: la otredad y el maltrato concomitante se estudian como privilegio o monopolio de las clases marginadas. En ese esquema, la mujer que mediatiza las luchas de clase, forzosa e inevitablemente, nunca puede hacer otra cosa que no sea representar a la clase periférica. Queda implícito que su opresión continuaría interminablemente si no fuera por los "grandes descubridores académicos en aras de la hegemonía crítica," pléyade que las concientizan y mediatizan. De esta manera, el maltrato y sufrimiento son elevados a potencias incalculables, pero siguen siendo reales o peores para la mujer "textualizada." La divulgación, no nos engañemos, rara vez sale del ámbito universitario. John Beverley, quien lee *para* Hispanoamérica y no *desde* ella, arguye en repetitivos ensayos anglosajones que el testimonio surge con una toma de conciencia revolucionaria, tal como la que él encuentra en los textos del Ché Guevara. Si se pretende hablar de América Latina, el primer testimonio revolucionario, conceptualizado sin las variantes académicas actuales (aunque con abusos editoriales) es el de una mujer brasileña, Carolina María de Jesus, y su *Quarto de despejo*. Las condiciones opresivas aducidas en los testimonios que, a pesar de la crítica, ya son canónicos, no se deben limitar a una clase, por lo menos si se quiere exponer una solidaridad respecto a lo que anda mal con la condición de la mujer en el continente. Entre Rigoberta Menchú, Domitila, Victoria Ocampo, Zélia Gattai (esposa de Jorge Amado) y sus respectivas tribulaciones hay una clase marginada cuyas quejas textuales o son desconocidas o son consideradas poco importantes por prejuicios, no es exagerado decirlo, clasistas. No hay nada interesante ni placentero en leer con la actitud "así viven los otros." Es insultante leer así la literatura del "otro," y Rigoberta Menchú o Antonieta Rivas Mercado cachetearían, con razón, a los que lllaman a su vida y obra "marginal."

Ahora bien, se lidia con vocablos cargados: clase, letrada, literatura,

mujer, texto. Si se admite la premisa marxista básica de que la clase es determinada por la propiedad de las fuerzas productivas, se puede admitir que el concepto del trabajo se enriquece en gran parte del papel tradicional de la mujer en el proceso de producción material de una sociedad. Esta consideración permite hacer ciertas salvedades acerca de la condición permanente de la mujer como mujer, es decir, que es abusada por su género, más que por pertenecer a una clase particular. El asunto es que la mujer burguesa, tanto como la indígena o la oligarca experimenta la discriminación, y puede ser oprimida y explotada. Sin embargo, las primeras experimentan discriminación, opresión y explotación de manera diferente a la que experimentan, por ejemplo, las obreras indígenas, ya que estas últimas soportan aquello como indígenas, mujeres y obreras. Esto da testimonio del obvio hecho de que el "ser social" es un juego de elementos múltiples y complejos. No obstante, es la noción de *clase* la que cubre y afecta de manera más profunda a todos los otros elementos, no el hecho exclusivo de ser mujer. Las mujeres cuyas obras discuto más adelante son burguesas de segunda mano, cualquier marxista vulgar lo admitiría, ya que no son de las grandes clases capitalistas que son las dueñas de los medios de producción. La relación que tienen sus cónyuges con los aparatos de estado no se caracteriza por propiedad económica o posesión, sino por su función en la transformación de los bienes culturales que produce la sociedad en que publican.

C. *El testimonio de las letradas*

Las mujeres cuyas obras discuto se borran al escribir, su *cinema-verité* en verdad las muestra renunciando a su imagen y proyectos. Su "testimonio" es un simulacro de la escritura que quiere dar un "efecto de lo real." Por lo general, en la prosa hispanoamericana ha habido una condenación de la mujer al estado de lo que Genette llama *paratexto*. Son ellas, en verdad, parte de un epígrafe, dedicatoria, saludos, venias, etc. ¿Qué pasa cuando se apropian del texto escrito y se incorporan al tipo de textualidad que practican sus compañeros, cuando pasan en limpio los trapos sucios? Lo que éstas transcriben causa una actitud de perplejidad, desconcierto e indiscreción. Es, según Elaine Showalter en un artículo seminal para una poética feminista, una condición que no sólo afecta a la letrada, tal como la vengo circunscribiendo, sino también

a la escritora de renombre:

> Cuando entendemos lo susceptible que han sido las mujeres escritoras a los criterios estéticos y valores de la tradición masculina, y a su aprobación y validación, apreciamos la complejidad de una matrimonio entre artistas. Tal unión ha significado casi invariablemente conflictos internos, auto-desaparición y finalmente arrasamiento para la mujer, excepto en los casos raros [...] en los cuales el esposo aceptó un papel más administrativo que competitivo. (Showalter 132-133; la traducción es mía)

En el caso de las letradas hispanoamericanas las preocupaciones no son literarias --en el sentido de escribir lo que se acepte en una comunidad interpretativa general como "buena literatura"-- o, como argüiría más de un tipo de crítica feminista, de "escribir sus cuerpos" para entender la escritura femenina. Lo que propugnan es un tipo de testimonio cuya objetividad, como la de cualquier otro, será cuestionada. Esta "época del testimonio," en que ellas caben perfectamente, es también un regreso a la historia, al cuento, al no dejar morir el refrán, la canción silenciada. Aunque Miguel Barnet postule que hoy en día estamos en la época del "post-testimonio" confrontamos también el regreso del testigo, del autor como perpetrador, observador y víctima del juramento escrito. Propongo como muestra de estos dispositivos un breve examen de las obras que han escrito las esposas de Leopoldo Marechal, Pablo Neruda y José Donoso.

Este grupo es palimpsesto y prueba de la escritura de la letrada y de la problemática que conlleva, y admito la necesidad de discutir otras obras de varios siglos, de otras mujeres de letrados hispanoamericanos importantes cuya ocupación no es exclusivamente la de escritor. Si se piensa en la dinámica establecida en los textos que discuto, el punto más viable para comenzar es con parte de la obra de Elena Garro. Si se abogara por una tipología de la escritura de las letradas, la obra de Garro sería un tipo de "no-autobiografía de mujer privilegiada," como lo ha llamado Carolyn Heilbrun. No obstante, aparte del hecho de que Garro es una letrada en el sentido canónico masculino, la especificidad de su obra abre una amplia gama de posibilidades interpretativas. Gran parte del ejercicio hermenéutico yace en el juego alusivo establecido por

todos estos textos. En su sutil *Testimonios sobre Mariana* (1981) Garro ficcionaliza su trágica relación con Octavio Paz, antes de que éste la pusiera en la lista negra de la cual comenzó a salir, precisamente con su *roman à clef*, sólo en los años 80. A pesar de que esta obra acumula una debida distancia, una discusión pormenorizada revelaría en ella conclusiones poco veladas.

D. *La alfabetización burguesa*

Las mujeres en cuyas obras me concentro están en otro estadio mental, no saben si quieren ser normativistas o revisionistas respecto a las pulsiones psicológicas que las aprisionan. Oscilan entre autobiografía (a veces presentan un texto como tal) y biografía, negocian entre dar la palabra al otro y proveer su propia voz. Su presión y pasión al escribir las tensiones que experimentaron es evidente, y se encuentran estilísticamente entre la agresividad de Georgette Vallejo, el tono admirativo de Blanca Z. de Baralt respecto a Martí, y el sarcasmo poco disfrazado de doña Carmen Torres en *Lo demás es silencio*, cuya "voz" está diluida por Augusto Monterroso, hombre y esposo. Esta consideración, del hombre que quiere dar el punto de vista de una mujer, es tan problemática como la del hecho de que yo, hombre, lea a estas mujeres *como* mujeres.

Elbia Rosbaco Marechal publica su *Mi vida con Leopoldo Marechal* en 1973, tres años después de la muerte de su marido. Es ella la "Elbiamor" y "Elbiamante" de sus poemas y canciones "elbitenses," de sus novelas, y difícilmente se podría especular que Elbia Rosbaco Marechal hablara negativamente de su esposo. Es raro, no obstante, que esta escritora y ensayista reconocida por sus propios méritos, se dedique a construir una alabanza de los veinte años que pasó con el novelista. La retórica de su escritura, como ocurre con las otras escritoras que discuto, revela el carácter contradictorio de su esfuerzo. El problema con el enfoque de Rosbaco Marcehal no es tanto el carácter formulaico de las descripciones sino más bien la falacia del empeño psicológico de las biografías modernas. Lo que los lectores tienen ante sí es un ***discurso sumiso***, una cosificación de la mujer como "otro." Estas y otras salvedades críticas se podrían examinar en detalle, sin ampliar el corpus que presento.

Notemos, además, que un corolario que cabe explorar es la noción marcadamente sexista de que el "estilo" de estas autoras se deriva de una

predisposición hacia ciertas características lingüísticas determinadas por su género sexual. De esta manera, su espontaneidad, don para lo obvio y coloquialismo se incluyen bajo la rúbrica de "afectividad" (nunca eficacia) femenina. Cuando doña Elbia reproduce en su libro una carta de Marechal en la que le dice "Chocha, Chochín, Chochón, ¿sabes que te adoro? No lo sabes. Pues lo sabrás. [...] ¡Qué hermosa es la Patria, sobre todo si en ella tiene uno todos sus amores!" (21), la intimidad nos desnuda a dos seres, la que escribe y el objeto (escritor a la vez) sobre quien se escribe. Pero se oculta el mensaje primordial: ¿qué nos importa todo esto, en última estancia, y cuál es la razón de ser de esta mujer?

El caso de Matilde Urrutia y su *Mi vida junto a Pablo Neruda* (*Memorias*), de 1986, es similar respecto al cronotopo narrado, ya que ésta y Elbia Rosbaco Marechal acompañaron a sus letrados en sus años maduros. Si Rosbaco Marechal pasó 15 de los 20 años con Marechal en un ámbito de aislamiento y soledad, Urrutia padece los años del exilio en Europa, los años otoñales en Isla Negra, el Neruda de la embajada en París durante la Unidad Popular, y el de los días finales. Diferente de Rosbaco Marechal, Urrutia tuvo que convertirse en una especie de "alumna de la escritura" para componer su libro, si se juzga por lo que textualiza. Quisiera templar ahora mi acuñación del término ***discurso sumiso*** con la consideración de que, a un nivel más centrado en la lingüística, su discurso se produce por inducción. María Pilar Donoso, quien explica con detalle por qué no firma *Los de entonces (Recuerdos)* [1987] con su apellido de cuna, tampoco se da cuenta de que las dimensiones de su mundo se han reducido, al supeditarse a la vida de su marido José Donoso. Sus recuerdos (tildados "episodios individualizados" por la editorial que los publica) cubren los años 1949 a 1986, pero no corresponden a lo que ella intuye:

> Recuerdos de imágenes, sonidos, colores y olores. De sentimientos afectuosos. Es bastante, es mucho. Fueron de veras dorados aquellos años. Pero no es suficiente. Podrían haber sido tanto más. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Cómo? Nosotros, indiferentes, casi culpables, ni siquiera nos lo preguntábamos (52).

Son precisamente este tipo de logomaquia, y esa insistencia en hacerse de la vista gorda, de ignorar casi conscientemente las implicaciones de sus lucubraciones, lo que dificulta leer estas obras con gran simpatía.

Después de todo, las categorías según las cuales ellas piensan en sí mismas y representan su propia realidad contribuyen al espacio que ellas se crean. Lo que se expresa a través de la costumbre lingüística (el *habitus* de Bordieu) es la costumbre de clase, de la cual la primera es una dimensión. Es decir, el discurso de las letradas es en efecto una representación de la posición ocupada, sincrónica y diacrónicamente, en la estructura social. (Bordieu 85).

Así como es posible leer estas obras sin rellenar todas sus brechas o indeterminaciones, es posible pensar en que la lectura crítica no puede transformar lo cotidiano en verdad trascendente, lo cual sí se trata de hacer con los testimonios de Domitila, Rigoberta, los testimonios de las mujeres que Margaret Randall llama "las hijas de Sandino," etc. Diferente de éstas, la obra de María Pilar Donoso está llena de un lenguaje florido, simpático, sano, competente, ameno, frecuentemente coloquial y convencional; pero este lenguaje no cambia nada de la tradición en que se inscribe. Es decir, está bien no criticar al marido de uno, pero es difícil hacer creer al lector que el valor catártico de *Los de entonces* supera al ego masculino que lo maneja.

Por último, no está de más referirse escuetamente a *Lo que Varguitas no dijo*, obra escrita con poco autoanálisis o conciencia del acto de redactar. En ella Julia Urquidi Illanes escribe todo lo que dice que *no* va a escribir sobre Vargas Llosa. Pero su honestidad es insuperable, perversa e irresistible. No tendrá el "estilo" depurado al que vanamente aspiraban las otras anti-Casandras, pero es una delicia leerla. Su retórica contiene la fórmula "no voy a decir lo que estoy diciendo." Así, *no* nos enteramos de que Vargas Llosa fue en una época mujeriego, tacaño, vanidoso, inseguro, casi pervertido, engreído y débil. No obstante, la tía Julia es tan eufemista como las otras autoras. La contraportada del libro reza "La autora de este libro no lo ha escrito con pretensiones literarias y siempre ha dejado claro que está muy lejos de intentar una respuesta de dimensión literaria a *La tía Julia y el escribidor*." Una editorial nunca ha tenido tanta razón, o ha sido tan honesta.

No estaría de más recordar las implicaciones del hecho de que es un hombre, Boccaccio, quien crea la biografía laica femenina con el *De mulieribus claris*. Desde entonces el concepto de modelo (de la mujer ejemplar) se va erosionando, especialmente cuando la cuestión de la mujer irrumpe en los ensayos polémicos y en la biografía colectiva. Cuando se traslada la semántica del léxico femenino a sectores culturales

eminentes, sobre todo la de los términos honor, virtud y gloria, se recupera la historicidad de la persona. Consecuentemente se abre la polémica contra la caracterización de la mujer ejemplar como modelo, percepción que afecta a la limitada muestra que analizo.

El problema más grande, entonces, tal vez no sea casarse con un escritor poderoso, sino más bien darse cuenta del poder de la escritura y sus máquinas deseantes, situar el espacio femenino independiente, operador; y recurrir a lo que Josefina Ludmer ha llamado "las tretas del débil." Desde que R. Jara y H. Vidal comenzaron a mostrar, en su excelente colección *Testimonio y literatura* (1986), cómo el testimonio transforma los sistemas literarios, pasando por los críticos que siguen usufructando a Rigoberta Menchú, hasta el examen de la ambigüedad narrativa del reportaje del guerrillero (véase Pailler) estas *letradas* y otras como Sybila Arguedas, María Wiesse (respecto a Mariátegui) y muchas más sufren a manos del texto crítico. Estas mujeres hacen su historia sobre la marcha pero, paradójicamente, la suya es una historia que comienza *ex post facto*. Existían como *sujetos*, pero no como letradas. De la misma manera que son *déclassé* son *de-generadas*, lo cual es una condición similar a la determinación hermenéutica respecto a cuándo empieza la autobiografía, o la revisión de cualquier otro género o subgénero que la crítica examina de acuerdo a la apropiación del hecho de testimoniar.

Bibliografía

Bourdieu, Pierre. *Ce que parler veux dire. L'économie des échanges linguistiques.* París: Fayard, 1982.

Donoso, María Pilar. *Los de entonces (Recuerdos).* Barcelona: Seix Barral, 1987.

Rosbaco Marechal, Elbia. *Mi vida con Leopoldo Marechal.* Buenos Aires: Paidos, 1973.

Pailler, Claire. "El reportaje del guerrillero: una narrativa ambigua." *Studi di Letteratura Ispano-Americana* 24 (1993): 67-82.

Showalter, Eliane. "Toward a Feminist Poetics." *The New Feminist Criticism.* Ed. Elaine Showalter. New York: Pantheon Books, 1985. 125-143.